

gión de nuestra patria, tan llena de atractivos y de merecimientos propios, para que sus hijos le dediquen sus vigili-
as como le dedican sus inspiraciones, procurando sacar á luz el confuso y
revuelto caos de su historia durante los antiguos y los medios
tiempos.



CAPÍTULO IX

MURCIA: aspecto pintoresco de su
huerta—El huertano: su vivienda:
sus costumbres: el gusano de la
seda: sus fiestas: el «desperfollo»:
los «juegos»: los bailes: las fiestas
de los Reyes y de los Inocentes:
las bodas y las tornabodas

MURCIA! Murcia! Jardín encantador y encantado, región pri-
vilegiada y hermosa, ¿quién habrá que no cante tus ala-
banzas, ni enumere tus hechizos, ni proclame tus excelencias, ni
exalte tus virtudes, ni deje de sentir profundamente conmovido
el ánimo á la contemplación deleitable de tus prodigios y de tus
bellezas?... ¿Quién, bajo tu cielo purísimo, que hienden altivas

por uno y otro lado las crestas empinadas de revueltas sierras y que por otro cobija la exuberancia deslumbradora y pintoresca de tu huerta, no se apasiona de ti y te ama? ¿Quién resiste los halagos seductores con que brinda el valle incomparable en que reinas como sultana, recreando la vista desde tu asiento en aquella extensión de tus dominios de siempre, sobre los cuales ha derramado Dios con mano pródiga los tesoros de su benevolencia? El tibio ambiente que respiras soñadora, embalsamado está por el aroma penetrante del nevado azahár con que se engalanan llenos de regocijo y estremecidos de alegría, al primer ósculo de la lujosa primavera, los naranjos, las limeras y los limoneros, mientras de las hojosas ramas pende incitante el redondo y sazonado fruto de oro que las esmalta y avalora! El aura juguetona y regalada que refrescan las cercanas brisas del mar, recoge al despertar soñolienta y perezosa por la mañana en tus floridos huertos y vergeles, que surgen maravillosos y fecundos por do quiera, el hálito perfumado de las pintadas rosas, de los alelíos, de las madre-selvas, de los jacintos y de los nardos, y lo extiende como salutación cariñosa por tu ciudad dormida y aletargada, derramando por ella en larga vena la pasión y la vida, aquellos efluvios amorosos que han inspirado é inspirarán mientras subsistas á tus poetas, y que hacen brotar en el corazón de tus hijos amor inextinguible para ti, amor eterno, que se exalta y acrecienta con la ausencia, que solicita la sombra protectora de la elegante torre de tu iglesia de Santa María, y la contemplación de tu huerta esplendorosa, con sus palmeras y sus barracas, sus acequias y sus moreras, sus naranjales y sus panizos, sus paleras y sus olivares!

Todo en ti es grande, todo en ti característico y espléndido... Desde el mundo de recuerdos evocado ante el espectáculo maravilloso y peregrino con que brinda el valle de que eres soberana señora, hasta las rojizas breñas, ornadas de frondosa vegetación, y que parecen agruparse de propósito para servir de apoyo y de sustento á aquellas construcciones, ya en

tristes ruinas que, no sino para embelesarse con la contemplación de tu hermosura, erigieron las pasadas generaciones! Jardines son tus caminos, sombreados por altas arboledas cuyas ramas tejen sobre la parda cinta de la carretera inacabable bóveda, donde el sol no penetra; jardines tus arrabales, y tú misma, despojada del atavío deslumbrador con que en su ufanía y para su gloria te engalanaron los musulimes, no eres sino el pabellón dorado del inmenso jardín de tu campiña. Sólo viéndote, se comprende y justifica el amor que profesó hacia ti toda su vida aquel insigne príncipe cristiano en cuyos brazos te entregaste, no cual lasciva y torpe concubina sino como dulce esposa, ciñendo á tus sienes cinco diademas en testimonio de su cariño y legándote por último sus entrañas, que como santa reliquia conservas fervorosa en el recinto de tu iglesia mayor consagrada á Santa María. ¿Qué de extraño que tus sencillos naturales, juzguen que el paraíso se encuentra precisamente en el trozo de firmamento que te cobija, si no hay, como reflejo suyo, nada en la tierra, que pueda compararse á tu suelo, donde se dan á la par la mano las producciones todas del oriente y del mediodía?

Cuestione quien quiera en orden á tu abolengo y tu prosapia; disputen en hora buena otras ciudades contigo respecto de genealogías, alardeando de mayor antigüedad y más esclarecido linaje, como disputa, envuelto en vida artificial y facticia, en medio de las ruinas de su gloria pasada, en la soledad de sus polvorientos pergaminos y sus olvidados blasones el descendiente de ilustre casa, con el agricultor enriquecido, á quien rodean todos los esplendores de la fortuna. ¿Qué importa para ti nada de eso, si en tanto que tus hijos amorosos alienten, en tanto que discurren y crucen por tu término dándole vida las acequias fecundantes, habrás de ser hermosa, rica, poderosa y fuerte? Nadie podrá decir no obstante cuándo naciste; nadie podrá investigar con datos positivos tu origen, ni sabe si eres hija de las agricultoras gentes arias, de las cultas y emigrantes griegas, de las mercantiles fenicias, de las industriosas y militares car-

taginesas ó de las guerreras legiones romanas. Perdida está en la noche de los tiempos, noche tenebrosa y oscura, tu fe de bautismo, como está sin duda alguna perdido tu nombre (1); pero á pesar de ello, á pesar de este olvido que cual padrón de ignominia y como estigma vergonzoso quieren lanzar sobre tu frente desvanecidos linajudos pueblos de tu provincia, ¿quién hay que dude de que tu campo, ya en una ya en otra forma, fué siempre igual, exuberante y productivo? ¿Quién, que haga tan desconocedores de sus intereses á los pueblos que te han tenido humillada y sujeta en la sucesión de los tiempos, como para mantener estéril é improductiva tu tierra?

No: aun quebrantada tu unidad política primitiva por ambiciones que la historia no justifica ni disculpa; aunque fuera tu nombre distinto en otras edades del que hoy ostentas; aunque la condición de la ciudad de que hoy tomas título y de quien dependes fuera también humilde y oscura, ¿qué puede esto importarte, si cual hija predilecta de la cultura oriental, te has presentado á los ojos de aquellos invencibles guerreros de la Reconquista, avezados á la lucha, como la hurí del paraíso musulmíco, bella, elegante, llena de gracias y atractivos, cubierta de ricos joyeles y preseas que realzan tus encantos, con la pompa regia que tantas veces ostentaste, con deslumbradora hermosura, con prestigio singular é irresistible, y cual las huríes del paraíso de Mahoma, eternamente eres virgen y eternos han de ser tus hechizos, que renueva sin cesar cada año el afanoso esfuerzo de tus hijos amantes? No hay sino ver tu vega, frondosa y dilatada, donde en perpetua primavera, sobre inacabables tahullas de lozanos trigos de próceres espigas, cuyos tallos suben hasta las ramas de las moreras que entre ellos plantó lleno de esperanzas el huertano para alimento del gusano de la seda; sobre los encañados respaldizos de las hortalizas; sobre las co-

(1) No se olvide, según quedó arriba indicado, que el Sr. Fernández Guerra sospecha que Murcia fué de fundación romana, y que su nombre propio fué el de *Samos*.

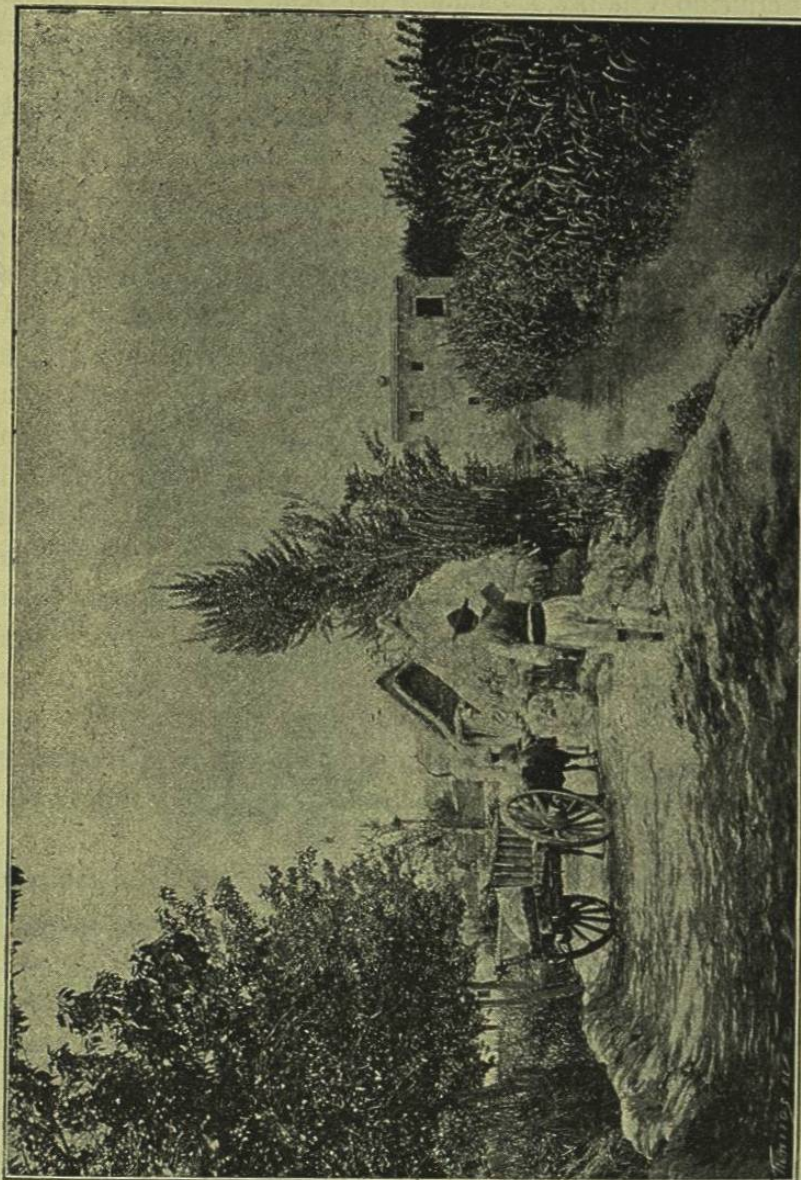
pas oscuras de las oliveras; sobre los naranjales y los almendros, los granados y los melocotoneros,—levantan al cielo erguidas sus cimbreantes y escalonados troncos las airosas palmeras, de abiertos y graciosos penachos, por entre cuyas harpadas ramas canta la brisa himnos sin fin de regocijada música. No hay sino ver, amarilleando á través de las enramadas abundosas, los techos de albardín de las barracas, donde vive el laborioso labrador; los modestos y diseminados caseríos, de refulgente y deslumbradora blancura, con sus techumbres planas de azotea, sus canales de madera, sus corrales de adobes y al lado, fuera de las viviendas, el humilde horno, con su cupulilla esférica, recordando poderosamente todo ello la condición, la naturaleza, las costumbres, la vida del pueblo oriental, de cuyo país es trasunto sin duda alguna la perspectiva de tu huerta.

Y en medio de ella, como recreándose en recibir orgullosa los presentes de la naturaleza, como compendio y resumen de tantas maravillas, complaciéndose en aceptar á manera de tributo el perfume que le envían incansables y sin tregua aquellos floridos términos,—la ciudad, tendida muellemente en la llanura, con las cúpulas de sus iglesias, los rojizos tejados, los desiguales contornos de su caserío, y descollando por cima de todo, como la palmera descuella sobre el mísero arbusto, la elegante y robusta torre de la catedral, que cuenta entre sus maravillas los bordados muros de la capilla de los Vélez. No se oculta ya la población, como virgen pudorosa, entre los pliegues de su antigua túnica de piedra, ni por entre los almenados adarves de la misma se distingue la fábrica de sus alcázares y de sus palacios, como no brillan tampoco heridos por el sol que te fecundiza y alumbra, los dorados domos de los alminares de tus mezquitas... Pero si sobre las cúpulas de las construcciones cristianas abre la cruz sus brazos; si, libre ya de temores y de riesgos, la ciudad, traspasando sus antiguos límites, se ha desbordado en su crecimiento y desarrollo, demolidas las antiguas y ya innecesarias defensas, el ambiente que respira tu ciudad, el que

da vida á tu huerta, el que te anima y rejuvenece, es el ambiente que respiraron aquellos habitantes de la Arabia á quienes cupo en suerte el territorio tuyo, y al cual dió nombre Teodomiro desde el siglo VIII.^o

Ellos fueron, á no dudar, quienes abrieron las venas del Segura que hoy como en tales días serpean, se ramifican, corren y se extienden abundosas y tranquilas por el fértil valle en multitud de acequias, de brazales y de partidores, festoneados de verdes cañaverales; ellos quienes en memoria de Palmira y enamorados con el recuerdo de la lejana patria, plantaron allí las erguidas palmeras que entonan el paisaje de tu huerta; ellos quienes en fin, aprovechando ó no antiguas tradiciones y cultivos, tejieron como preciada alfombra á las plantas de aquellos riscos en otro tiempo casi todos ellos erizados de muradas fortalezas, aquel vergel continuado, tantas veces maltratado por los desbordamientos del Segura, del Sangonera y del Guadalentín, y que vuelve á renacer siempre risueño, siempre bello, siempre lozano y siempre productivo y hermoso, digno de su fama y de su renombre, cual si las pasadas tormentas que le destruyeron y han borrado todo rastro de antigüedad, fueran ligeras nubes que desvanece la primera sonrisa de la nueva aurora. Compararon los poetas musulimes y los geógrafos tu suelo al suelo de Egipto; tu río Tader, Segura ó blanco, al Nilo; las terribles inundaciones de que eres frecuente víctima á las benéficas del río sagrado, y por todas partes proclama todo en ti, que si fué ajena acaso tu ciudad á la cultura de griegos ó romanos, si no debe nada á aquella civilización poderosa pero corrompida, todo lo debe en cambio á aquellos agricultores del Egipto y de la Arabia feliz, habitantes del Yémen, que hicieron de ti el jardín oriental del Al-Andálus!

Por algo, con verdad, mientras vencidos los sevillanos por la espada de Fernando el Santo, huían de la ciudad risueña del Guadalquivir, que habían sembrado de maravillas, buscando salvador refugio bajo la naciente dinastía de los Al-Ahmares;



MURCIA

PAISAJE DE LA HUERTA

mientras los granadinos, al caer rendida en poder de Isabel I y de Fernando V la poética sultana del Genil y del Darro, pedían ser internados en las comarcas de tu antiguo reino musulmita,—tus pobladores musulmanes, aquellos que habían tejido tu corona de rosas y jazmines y el ramo floreciente de azahares que ostentas virginal sobre tu pecho, lo mismo al entregarte en 1243 que al ser en 1266 reducida por las armas aragonesas,—apegados á tu hermosura, enamorados de ti, permanecían tenazmente aferrados á la sombra de esas mismas palmeras que te embellecen, de las moreras que con tanto anhelo cultivan tus hijos todavía, como si su existencia se hallare por misterioso vínculo sujeta al pedazo de paraíso de tu huerta. Por algo el concejo de tu ciudad representaba á Felipe III en los comienzos de la XVII.^a centuria, cuando el fatal Decreto de expulsión privaba á la agricultura y á la industria del laborioso auxilio de los moriscos, la necesidad y la conveniencia de conservar la población musulme, ya conversa, tan útil para el acrecentamiento de la riqueza pública en tus comarcas encantadas; y por eso, por el amor sin límites que encariñados contigo te profesan sin distinción de clases tus hijos de todos los tiempos, lograron los descendientes de tus antiguos cultivadores, burlar sagaces la persecución de aquel desvanecido monarca, permaneciendo á pesar de todo en tu huerta, donde su raza se ha perpetuado (1).

Ahí están, para acreditarlo, aun adulterado algún tanto su traje, tus labradores y campesinos. Tus mujeres de facciones regulares y nobles; de tez blanca y aterciopelada, nariz por lo común aguileña, pobladas cejas, ojos negros y soñadores, labios húmedos, encendidos y sonrientes, cara ovalada, con las negras crenchas de su cabello lustroso y abundante, recogidas en complicada labor de entrelazados ramales, que forman artístico toca-

(1) Véase el muy curioso é interesante estudio *De los moriscos que permanecieron en España después de la expulsión decretada por Felipe III*, hecho por nuestro hermano político D. Francisco Fernández y González, y publicado en los tomos XIX y XX de la *Revista de España*, págs. 102 y 363 respectivamente.



MURCIA. — Huertana

Lit. Busquets y Vidal, Oíno, 8.

do al cual designan con el nombre expresivo de *picaporte*; de hombros altos y redondos, seno turgente y abultado, anchas caderas, formas y contornos provocativos, gentiles en la postura, gallardas en el andar, ceceosas en el habla, llenas de gracia y de majestad en los movimientos, de encantos en la conversación, hermosas, frescas, atractivas, como las flores de sus jardines, respirando vida, el semblante coloreado y juvenil, iluminado siempre por eterna y maliciosa sonrisa, amables y cariñosas, ligeras y fantásticas, algún tanto recelosas y desconfiadas, en medio de la sencillez de su carácter, crédulas hasta el fanatismo en materias de religión, trabajadoras y ágiles, sufridas y modestas... Gloria da en los días de las grandes solemnidades verlas aún luciendo sus encantos con el vistoso traje peculiar de la provincia, en el cual se conservan las tradiciones religiosamente guardadas á través de los tiempos bajo la vistosa techumbre de sus barracas; y si bien á los clásicos chapines de raso blanco ó de colores ha reemplazado la moderna botita, de altos y peligrosos tacones,—la calada media que ciñe la bien contorneada pierna; los almidohados ahuecadores de bordadas randas; el corto zagalejo de vivos y uniformes tonos, ya rojos, ya azules, sembrado de relucientes lentejuelas; el delantal blanco ó rosa, festoneado de metálica puntilla y bordado también por igual arte; el armador de color idéntico al del delantal, en el verano, ó el justillo de terciopelo en el invierno; el pañolillo de crespón, asimismo bordado aunque en sedas de los más fuertes matices; la mantilla de *cintón*, hecha de terciopelo con ancha faja de raso al medio, para la estación de los fríos; las mangas cortas de encaje que dejan lucir al descubierto el antebrazo; el collar de cuentas azules ó de perlas falsas ceñido á la incitante garganta; las pesadas arracadas de topacios, y la cabeza adornada de flores en la primavera y en el verano,—todavía proclaman con su coquetería y su donaire la progenie de tus hijas, recordando las mujeres musulmanas, tan amigas de la ostentación, tan pagadas de relumbrones en los días solemnes, aunque haya

modificado en mucha parte la forma de los trajes de las murcianas la influencia de los conquistadores del siglo XIII, y haya experimentado las transformaciones naturales y propias de los sucesivos (1).

De mediana estatura, bien conformados, recios, ágiles, de blanca tez, tostada por la acción constante de la intemperie, las facciones pronunciadas, pómulos salientes, negro el cabello, picaresca, maliciosa y desconfiada la expresión, solapados, astutos y con mucha *letra menuda* (2), alegres y atrevidos, decidores y ocurrentes, amigos de juego y veleidosos, insensibles á las inclemencias de las estaciones, laboriosos á su manera en la huerta, sobrios, sufridores, valientes, fantásticos, serviciales, apegados á su tierra, amantes de sus acequias y de sus huertos, idólatras de sus costumbres y de sus tradiciones, agradecidos, extremosos, de sangre caliente,—tus hijos, Murcia, que han sabido perpetuar tus esplendores á través de las edades, no merecen en absoluto el desdén con que son mirados por algunos escritores que los tachan de perezosos (3). Ciertamente es que, bajo la tempe-

(1) Selgas, en su precioso trabajo *La mujer murciana*, inserto en la obra *Mujeres españolas*, editada por Guijarro,—describe magistralmente y cual murciano conocedor, el tipo de la mujer de su tierra.

(2) Pintando el carácter de los habitantes de la huerta, dice un escritor murciano: «El huertano de Murcia no es de los hombres que se dejan conocer fácilmente.» «Entre lo que dice cuando habla y lo que piensa en aquel momento, suele mediar mucha distancia; pero ellos entre sí no se engañan por este medio.» «El que oye, no oye lo que el otro dice y si adivina lo que está pensando hacer, enteramente contrario á lo que promete; esto sin embargo, el oyente finge creer, y no contradice ni argumenta, dándose por engañado, lo cual tampoco lo cree el que trata con él» (MARÍN BALDO, *Fuensantica*, episodio novelesco de costumbres murcianas, pub. en el *Semanario Murciano*, núm. 160, correspondiente al 6 de Mayo de 1881). No hay duda de que semejante pintura, que no estimamos inexacta, sirve para acreditar nuestras afirmaciones, siendo tradicional consecuencia de la diplomacia de los árabes y de los judíos.

(3) El discreto Dozy, entre otros, haciéndose eco y reproduciendo las afirmaciones de Alejandro de Laborde en su *Itinéraire descriptif de l'Espagne*, t. II, al hablar de Murcia, escribe que es «pays qui récompense avec usure les faibles travaux de ceux qui le cultivent à présent, de ces indolents Murciens d'aujourd'hui qui passent nonchalamment leur vie dans l'oisiveté et l'insouciance, et qui sans se douter qu'on puisse améliorer l'agriculture, sèment et plantent comme leurs pères ont semé et planté; que ne devait-il pas rapporter ce beau pays lorsqu'il appartenait aux Maures, aux agriculteurs le plus intelligents, le plus laborieux,



Lit. Busquets y Vidal, Olin. 8.

MURCIA. — Huertano